

Desde la comunicación

La autora se pasea por nueve revisiones que proponen la lectura de un nuevo afianzamiento de la libertad dentro de la contemporaneidad venezolana. Es este caso, desde el papel de generadores y transformadores de lenguaje, al trabajador de la cultura (incluidos los comunicadores en esta dimensión) se le propone que dé cuenta de lo que ocurre para generar un diálogo democrático que haga frente al acaparamiento de poder que “gradualmente” ha hecho el gobierno.

■ María Elena Ramos

El arte es, con los sueños reales o con las ensoñaciones de la vigilia, de los pocos reductos de libertad que quedan al ser humano. Lugares donde cualquier idea, cualquier imagen, cualquier forma son posibles, el arte y la cultura se convierten así no sólo en zonas de invención de lo aún no existido, de creación de otros mundos posibles, sino que se constituyen en el espacio más natural del ejercicio y el pensamiento libres. En tiempos críticos, el arte y la cultura pueden ser, más aún, lugar vivaz de resistencia de la libertad.

A continuación proponemos nueve temas que consideramos cruciales, para reflexionar sobre la libertad en la cultura democrática. Temas que pueden ser hitos, o reales obstáculos, o señales de alerta.

VIRTUDES Y PELIGROS DEL LENGUAJE

El lenguaje es el instrumento humano por excelencia, pero no siempre expresa lo

más humano del hombre. Hace falta deslindar en este punto: el lenguaje sirve para decir verdad, pero también para torcerla. Como todo instrumento, él vale según los propósitos de quien lo utiliza: desde bendecir hasta maldecir; desde respetar hasta manipular, desde entusiasmar hasta deprimir. Ya decía Heidegger del lenguaje y la poesía que era a la vez la más inocente y la más peligrosa de las ocupaciones.¹

Pero el lenguaje no es como cualquier instrumento exterior y circunstancial, sino uno que define –y va construyendo– al hombre que lo expresa. Recordemos que, para los antiguos, los conceptos de honestidad e integridad se basaban en la sencilla coherencia entre pensar, decir y hacer. Y esa concepción ideal se mantiene hoy, no importa que sean muchos los que no la ejerzan. El lenguaje es allí una prueba de honestidad: si lo que alguien dice se demuestra en sus actos, legitima su palabra, ganando de paso credibilidad ante los demás. Lo contrario a esto es el doble -o

y la cultura

Nueve señales para pensar hoy la libertad



Galería de Papel. Sin título. José Viveres.

triple- discurso, que refleja doblez moral. Típico del cinismo y el fraude, es moneda de uso común en la política. Ese doble discurso, con su pérdida de confiabilidad, va corroyendo algo fundamental en un país: su capital social.

UN LENGUAJE QUE CONSTRUYE (NO HAY CULTURA SI NO HAY OBRA)

Hay lenguajes que dicen verdades, o mentiras, o simples fórmulas. Otros destruyen, minimizando al otro. Algunos hay que, al ser activados, producen obra, pues tienen un poder realizador. Espacio idóneo para tal discurso hacedor es el de la cultura artística, donde cada lenguaje —el de la música, la plástica, la literatura, el cine— produce obras que llegan a independizarse de quien las creó y que pasan a ser parte de una comunidad, sobreviviendo en algunos casos al paso de los siglos.

Es fundamental darse cuenta de que no hay cultura si no hay obra. Y que no hay obra si no hay lenguaje. Pero a diferencia del caso del político, cuya habla puede ser sólo *flatus vocis* en la plaza pública, el lenguaje del artista requiere, para simplemente poder existir y ser conocido, hacerse y mostrarse como materialidad, como ser concreto. Más aún, la cultura toda no existiría si no hubiese obras creadas por artistas y con lenguaje. Es ése su poder realizador: la cultura hace tangibles, audibles y visibles para muchos las ideas inicialmente más íntimas e intangibles. Que la obra del espíritu sólo existe en acto, ha dicho Paul Valery, refiriéndose a la creación artística. Y con esa idea nos aproximamos a la capacidad del arte y la cultura para hacer que la idea encarne en mundo. Así, sería impensable una orquesta que no interpretara y no hiciera sonar la música, y por otra parte nadie podría llamarse compositor si no tuviera alguna obra —en acto-compuesta. Y no existiría el museo si no hubiera obras pintadas o esculpidas por los artistas, y si no hubiera luego todo un grupo humano experto en que esa obra sea bien expuesta: para la vista, el goce y el entendimiento del público.

Cabe en este punto comparar estos modos (cargados de ideal pero encarnados plenamente en lo real) con el lenguaje de muchos políticos a los que no parece exigírseles ni aquella prueba de honestidad a la que antes nos referimos, ni esta prueba de realidad. Cuando se trata de liderazgos carismáticos, ese puro nominalismo habita un terreno aún más resbaloso porque —emocional y efectista— carisma mata a

“

La cultura no es, así, sólo espacio de invención desde un lenguaje, es también asunto de conciencia.

Y requiere saber ver, saber oír, saber decir. Tres saberes esenciales en los que hay que formarse, para ser buenos perceptores de lo visto y de lo oído, y para ser buenos emisores de la palabra que esclarezca

”

análisis, lenguaje simbólico mata a racionalidad del discurso, y un habla de la promesa y de la sola esperanza no obliga al líder a dar pruebas fehacientes de su acción real —y esto durante largo tiempo, hasta un usualmente tardío *darse cuenta* por parte de la población—. La demagogia y el populismo se expresan en macro-discurso y en micro-obra. En el nominalismo estentóreo de un verbo usualmente sin mundo.

LA URGENCIA DE DARSE CUENTA LA OBLIGACIÓN DE DAR CUENTA

Antes de ir perdiendo libertades, como humanos actuando en lucidez debemos *darnos cuenta* de la veracidad o la mendacidad (la mentira) que hay tras el lenguaje del que nos habla, o del que le habla al país. Pero como comunicadores, críticos culturales y trabajadores intelectuales, tenemos además la obligación profesional y ética de *dar cuenta*. *Darnos cuenta* es exigido por nuestra inteligencia; *dar cuenta*, por nuestra responsabilidad social. Imprescindible es entonces discernir —que es como cernir en un cedazo, quedándose con lo valedero y dejando correr lo falso— y así nos preguntaremos: ¿cuándo la palabra “transparencia” en ciertas bocas significa más bien opacidad? ¿cuán-

do las palabras “educación, alfabetización” deben leerse más bien como adoctrinamiento, ideologización? ¿cuándo el énfasis en la idea de “inclusión” pretende encubrir una profunda exclusión?

La cultura no es, así, sólo espacio de invención desde un lenguaje, es también asunto de conciencia. Y requiere saber ver, saber oír, saber decir. Tres saberes esenciales en los que hay que formarse, para ser buenos **perceptores** de lo visto y de lo oído, y para ser buenos **emisores** de la palabra que esclarezca. Uno de los peligros del lenguaje es el no tener qué decir. Otro, el sí tener pero no poder hacerlo; otro, el sí poder hacerlo pero a riesgo, y preferir no correrlo. Otro —que se da en el medio cultural con cierta frecuencia— el dedicarse sólo a los lenguajes más especializados, al saber puramente estético, autocensurándose y neutralizándose para todo aquello que se salga de los límites técnicos, siendo (o haciéndose el) indiferente ante la realidad ética y política de su tiempo, un tiempo que requiere mucho por decir.

Pero para decir y *dar cuenta* hace falta sacudirse la pereza intelectual, que va insensiblemente desembocando en pereza moral. A veces pensar cansa, a veces actuar pone en peligro. Hace falta enfrentarse con el miedo, ese miedo que intuye pronto que ciertos modelos de poder tienen un mínimo umbral de aceptación del disenso. Si el poderoso tiene muy bajo su umbral para admitir al que disiente, éste, el no-poderoso, puede tender a ir reduciendo al máximo su propio umbral de participación, su voz, sus decibeles. El espacio represivo se expande y el individuo —reprimido— se reduce. Mientras más un gobierno se aleja de ser democrático, más multiplica sus normas para castigar opinión libre y ejercicio crítico. Se instala la cadena: miedo, sometimiento, silencio, en ese círculo del terror y la violencia que se da en pueblos, hogares, parejas (el lunes te pega, el martes te pide excusas, el miércoles te lleva flores, el jueves llegas a sentirte culpable por haberle juzgado mal, el viernes te sientes libre para volver a disenter, aunque ahora más tímidamente... hasta el sábado, en que te pega... y esta vez más cruelmente...).

Hagamos un matiz: en gobiernos autoritarios, el umbral de aceptación ante el disenso suele ser más amplio y de apariencia permisiva para intelectuales y escritores de opinión, que elaboran aspectos más teóricos, que para los periodistas, que manejan un saber más directo de los hechos, y cuya palabra compromete —hasta con pruebas— a los actores políticos. Si a

los periodistas se les frena y persigue, a los intelectuales relativamente se les ignora, valiéndose incluso de su ejercicio crítico para legitimarse como pluralistas y demócratas. No sucede esto así en los gobiernos ya claramente totalitarios, cerrados a ambos modos de la comunicación libre, implacables hasta con sus mismos seguidores, que tampoco se suelen dar cuenta, a tiempo, de que por su naturaleza hematófaga el espíritu totalitario nunca está satisfecho de las adhesiones: mientras más doblega al otro, más doblegado aún lo requiere.

Es necesario saber ver a tiempo la diferencia entre revolución como ideal, como sueño humano y, de otra parte, la revolución ya convertida en poder, Stalin para ejemplo. Que las revoluciones pueden ser verdaderas como movimientos pero falsas como regímenes ya nos lo había enseñado Merleau-Ponty. Para ver ésta y otras diferencias entre el sueño y las dramáticas realidades hace falta la vigilia: del país, de sus intelectuales, de sus comunicadores —una vigilia conceptual y ética que sepa nutrirse en las enseñanzas de la historia—.

EL TESTIGO QUE ENUNCIA

Un dramático mensaje televisivo contra la violencia doméstica señala: Lo más grave no es que los golpee, que la madre y los hijos pierdan la salud o la escuela; lo más grave: el silencio...

La psiquiatra Alice Miller ubica “el origen del odio” en la violencia al niño. Al no ser capaz de entender por qué es herido por personas a las que ama y admira, lo siente merecido y sin remedio. Pero Miller señala la instancia salvadora del “testigo que ayuda” —usualmente un familiar cercano— que hace ver al niño que tal violencia es arbitraria e injusta. Sin tal testigo “no le es posible experimentar conscientemente los abusos, y reprime ese conocimiento para no quebrarse a causa del dolor y el miedo”.² Miller cita el caso de Dostoiévski, con un padre agresor y una madre que supo transmitirle la conciencia de que existía el amor. Esa sola conciencia, sabemos, podría salvar. A aquel testigo que ayuda yo lo llamaré “el testigo que denuncia”, pues no sólo apoya al niño a darse cuenta sino que lo saca del silencio.

En la terapia médica de traumas y miedos, el médico es otro testigo: ayuda porque denuncia, y porque estimula al paciente precisamente a enunciar. La terapia ayu-

“

Es necesario saber ver a tiempo la diferencia entre revolución como ideal, como sueño humano y, de otra parte, la revolución ya convertida en poder, Stalin para ejemplo. Que las revoluciones pueden ser verdaderas como movimientos pero falsas como regímenes ya nos lo había enseñado

Merleau-Ponty

”

da a sacar de sí, saca de la oscuridad, y para ello se requiere **nombrar**. Es importante para la madurez humana poder decir (sacar, exorcizar); pero decir lo que es verdadero, mostrando la perversión, la falsedad. Lo primero apunta a la básica salud mental; lo segundo, a una más elaborada salud de conciencia, pues no se trata de cualquier decir —catártico— que nos libere, sino de uno veraz y comprobable, por el cual **respondemos**, es decir, nos hacemos responsables.

Si la palabra responsable y clara hace crecer la salud psicológica individual, también para la salud social los “testigos que ayudan” son irremplazables: oposición lúcida, prensa libre, intelectualidad clara, sociedad civil participativa. Los medios de comunicación ayudan a reconocer, como la cuña de TV, que lo más grave no es el hematoma sino el acallamiento.

Nuestra sociedad ha estado por años en apatía y silencio, por descreimiento ante las formas de la falsedad. Dice Julián Marías: “La mentira es el máximo riesgo de la democracia, lo que lleva a la pérdida de su prestigio...La mentira tiene que ser descubierta, mostrada, hacer que caiga sobre sus autores. Si esto se realizara con acierto y energía, la impunidad sería evitada en altísima proporción”.³ Es la impunidad de los padres violentos la que

produce niños y adultos desgraciados. Es la impunidad de gobernantes demócratas pero corruptos la que hace indolentes a los pueblos. Más adelante la gravedad se agudiza y es la impunidad de los gobiernos agresores la que hace miedosos a los pueblos. Algo es claro: no hay salud de país si no se ubican a tiempo los responsables de la violencia, si no se dicen las cosas por su nombre, si no se discierne sobre el carácter poco transparente de un proceso. Como testigo que ayuda, como testigo que denuncia y comunica, la opinión pública tiene la palabra. Una palabra que es siempre esencial.

EL DIÁLOGO BLOQUEADO

Para que el lenguaje actúe se requiere el diálogo, que implica un decir y un escuchar, que conlleva un preguntar y un responder en libertad. El diálogo es dialógico: necesita dos. En su vaivén, el diálogo va tejiendo espacio especulativo entre dos diferentes. En esa interlocución se comparten afinidades pero también se enfrentan divergencias. El lenguaje se forma con lo que al diálogo van aportando uno y otro, haciéndolo avanzar. Aún manteniéndose cada uno en sus ideas esenciales, un buen diálogo da espesor y dimensión al pensamiento y la tolerancia.

Ese diálogo, componente esencial del lenguaje libre y costumbre general de este país, está hoy endurecido. En demasados sectores es inexistente. No se cree en el diálogo con el otro simplemente porque no se confía en él, porque ha dado razones objetivas o subjetivas para desconfiar. Así, va profiriéndose un lenguaje a trozos: el habla que arremete desde el poder, o que pide acólitos en la plaza; el discurso que solamente denuncia —o denuncia— de uno y otro lado: palabras que no dialogan, que no le preguntan al otro ni tienen expectativa por la eventual novedad u honestidad de su respuesta, sino que simplemente “sueltan” lo suyo. (El ministro de Cultura, por ejemplo, critica que no es posible el diálogo, pero él mismo decide sin consulta alguna —consulta que fue tradición por décadas— cuáles artistas representan al país en bienales internacionales; él censura a respetables creadores que presentan imágenes críticas; él solo decide la eliminación de las fundaciones de Estado de los museos; él decreta “el Estado de la Cultura” y obvia con ello las estructuras institucionales, sus expertos, los veredictos de sus jurados, para incluir cientos de obras sin valor artístico en los museos,

obras cuyo único aval es el criterio político-populista).

Estando, en fin, tan golpeado en todos los ámbitos el diálogo democrático, el lenguaje ha ido perdiendo su dinámica apertura, su potencialidad, su intercambiabilidad de posiciones, ese imprescindible juego móvil de vaivén que lo hace libre. Sin diálogo pierde el lenguaje, pierde la cultura y pierde la democracia. La libertad pierde.

SENTIMIENTO DE IRREALIDAD ¿UN CAMBIO DE GRADO O DE NATURALEZA?

“Los hombres normales no saben que todo es posible”.

David Rousset ⁴

En los últimos años se ha hecho familiar una sensación de sorpresa permanente, de no creer lo que se ve. Ha sido de tal naturaleza el desmontaje de instituciones y de estructuras básicas entre las que crecimos, las que sustentan valores, tradiciones o simples certidumbres necesarias para la vida, que hoy estar en vilo es un estado frecuente porque cualquier noticia de demolición es posible. Es momento para distinguir qué cambios son positivos y necesarios porque producen avance civilizatorio –cambios con las generaciones, con las épocas, con las nuevas ideas y tecnologías-, donde el legado recibido es ahondado, mejorado y ampliamente crecido con los recursos y saberes de un nuevo tiempo y, de otra parte, cuáles cambios destruyen ese legado y producen graves retrocesos a épocas autoritarias que no conocían las libertades ganadas por los países modernos y que durante cuarenta años del Siglo XX también Venezuela supo ganar, aún con las múltiples debilidades de nuestra democracia, esas que todos reconocemos.

Hace falta darse cuenta de que el momento que vive el país no se explica diciendo, como algunos, que esto es “más de lo mismo”, refiriéndose a esas imperfecciones de las cuatro décadas del llamado “puntofijismo”. Y es que entre aquel pasado-cercano y el presente gobierno la diferencia esencial no es de grado, sino de naturaleza. Así, no se trata simplemente de un gobierno “más corrupto o más ineficiente que...”, se trata de la sustitución de un sistema democrático por uno autoritario. Y eso “por ahora”, porque lo más grave está aún por verse. De esto hay que **darse cuenta** y que **dar cuenta**.

“

Al pueblo venezolano pareció faltarle lectura de la situación, relación con el contexto -particularmente el del Siglo XX-; pareció faltarle ojo y oído de buen receptor. Y aquí no es posible decir que nos prometieron A y nos dieron Z (como se suele decir de la Alemania de Hitler, la Italia de Mussolini o la Cuba de Fidel)

”

DE DEMOCRACIA A AUTOCRACIA DE AUTORITARISMO A TOTALITARISMO

Esas diferencias de naturaleza no se dan de una vez sino que se van dando gradualmente, más lentamente en los primeros años, porque cubrir la apariencia democrática era algo más comprometedor por el origen electoral de este gobierno, y más aceleradamente después, con cada evento de quiebre -generado por el oficialismo o por la oposición pero aprovechado exitosamente por aquél, así los sucesos del 11 al 13 de abril de 2002, el paro petrolero, así el ánimo depresivo en que quedó el país al concluir las elecciones del 15 de Agosto de 2004, cuya atmósfera turbia se esparció por las distintas etapas del proceso y sentó bases muy poco fiables para las elecciones de 2005 y 2006. Esta gradualidad en la aplicación de las medidas que cambian una democracia en un autoritarismo se fue apoyando cómodamente en aquel sentimiento de irrealidad, de que “no es posible que esto esté pasando”, de que “no se puede llegar a tanto”, que ha prevalecido entre la gente. Fueron tomando a la población por sorpresa, desmontando al país por sorpresa.

Pero un cambio mayor aún en la naturaleza de la estructura política se ha ido gestando: el pase de ese autoritarismo que

ya padecemos a un totalitarismo creciente, que muchos aún no identifican. Pero si bien el doble discurso, la doble moral y la mentira son hábito diario de los líderes de este gobierno, también es cierto que Hugo Chávez ha sido desde el principio lo suficientemente explícito y abierto acerca de sus intenciones. Bastaba leer sus declaraciones desde la cárcel de Yare, publicadas en libros de Agustín Blanco Muñoz o de Alberto Garrido, para hacerse una idea bastante clara y tener razones comparativas con la historia de procesos similares en el mundo. Al pueblo venezolano pareció faltarle lectura de la situación, relación con el contexto -particularmente el del Siglo XX-; pareció faltarle ojo y oído de buen receptor. Y aquí no es posible decir que nos prometieron A y nos dieron Z (como se suele decir de la Alemania de Hitler, la Italia de Mussolini o la Cuba de Fidel). Aquí no fuimos en rigor engañados, pues la extrema locuacidad del líder se expresaba –y se expresa- claramente.

Otras lecturas podrían ser aquí acaso posibles. En esta ocasión sólo las dejaremos mencionadas al paso, para posterior reflexión del lector. Tal vez, por ejemplo, podría leerse en aquel no darse cuenta (no saber, no poder o no querer dársela) un atavismo que ligaría nuestro pueblo con procesos violentos de siglos anteriores, un pueblo que llevaría como una parte insoslayable de sus propios genes el gen del autoritarismo y la violencia militarista, el de una barbarie que la segunda mitad del Siglo XX –los famosos cuarenta años de democracia libertaria- habría ido civilizando y pacificando... pero no suficientemente, pues surgió un nuevo caudillo –reivindicador precisamente de las fuerzas violentas del Siglo XIX-.

Una lectura más psico-social y simbólica lleva al filósofo peruano Víctor Krebs a comparar nuestro proceso actual con la venganza de Dioniso, en el mito griego de Las Bacantes, mito que se habría reelaborado de algún modo en el titanismo que funda el surgimiento de América como Nuevo Mundo. “La imagen de los opresores y los oprimidos continúa impulsando y justificando las periódicas irrupciones de la misma dinámica dionisíaca. Hugo Chávez ha hecho precisamente de esta imagen polarizada la base misma de su causa. (...) Detrás de los trágicos eventos en Venezuela se puede casi oír la venganza feroz de Dioniso: ‘Ahora los he sacado de sus casas enloquecidos y fuera de sí (...) Pues deben aprender, lo quieran o no, en qué cruda ignorancia me han negado’. Así, cuando Dioniso es reprimido vuelve

para desgarrar a sus enemigos internamente, cegándolos y enloqueciéndolos en contra de sí mismos”.⁵ Señala Krebs que la represión de Dionisio no es un rasgo exclusivo de la conquista española. Y Rafael López-Pedraza afirma que es el dios más reprimido de toda la cultura occidental.

La cultura debe poder enfrentarse también con estos eventuales componentes de lo que somos, de lo que traemos sin pensarlo en la historia de nuestros países y de nuestra psique. La cultura puede ayudar a preguntarse hasta dónde nos han marcado y aún nos marcan esas antiguas experiencias, desde mucho más atrás que las que vivimos en éste nuestro tiempo y desde mucho más allá de lo que hoy, aquí, vemos. La cultura es un buen instrumento, además, para “tratar con lo que no es cultura en nosotros (...) con lo que es extraño a nuestras pautas culturales más habituales”⁶, como dirá Ezra Heymann. La cultura indaga bien en los territorios de lo desconocido, de lo paradójico, de lo que aún no hemos descubierto. La cultura nos lleva a penetrar, a develar.

Si nos cerramos a pensar sólo como los demócratas que nos sentimos ser por nuestra tradición y experiencia moderna, si no dejamos espacio para siquiera pensar eso distinto que amenaza desde la sombra de nuestra propia historia y desde lo más oculto de una psique colectiva, corremos todos los riesgos del que no entiende, del que permanece perplejo, sumido en aquel sentimiento de irrealidad que no permite reaccionar a tiempo, que no permite dar eficaces oídos a las amenazas realmente proferidas, ni dar clara lectura a los postulados de principio una y otra vez expresados antes de convertirse en las leyes y decretos que hoy coartan nuestras libertades. Ese limbo perceptivo nos impide defender eficazmente nuestros logros civilizatorios y nuestra identidad de paz, eso que también somos y tenemos, eso que necesita conciencia, vigilia y lucha permanente para poder prevalecer.

Después... es siempre demasiado tarde.

LA CONSISTENCIA TOTALITARIA

Por su avidez de abarcamiento total, de concentrarlo todo, lo totalitario va eliminando las aperturas. “Totalitario” es ese lugar sin posibilidades (de penetración, de expansión, de sinceración). Allí ya no hace mella la suave brisa de ideas distintas. Pero si lo totalitario mismo no puede

“

La cultura es lo contrario del pensamiento homogéneo, de una sola dirección. Nada más pernicioso que encauzar las nociones de cultura, comunidad e identidad en el tubo político de una idea central que se espera que repitan y coreen todos.

Cultura es por naturaleza diversidad, pluralidad, pues ella es hecha por muy diversos caracteres creadores

”

ser penetrado, sí es en cambio penetrante hasta el extremo de lo invasivo, crecientemente permeador hasta los últimos poros, hasta dejarnos sin aire (se trata, precisamente, de procesos asfixiantes).

“Absorbente, absoluto, centralizador” dice de “totalitario” el diccionario de sinónimos. ¿Nos queda alguna duda de que hacia esa contextura se dirige el régimen en su empuje obturador de todos los lugares? ¿No leemos acaso, en este sentido, el mismo discurso y complementarias acciones en la Asamblea Nacional, el Tribunal Supremo, el CNE, la “nueva” PDVSA, el Banco Central, la Fuerza Armada, el Ministerio de Educación y el Ministerio de Cultura? ¿No se lee esto mismo en la agresión implacable a partidos y líderes que marcan su diferencia? La diferencia (y el abierto expresarla y, peor aún, si se hace con lucidez y credibilidad personales) es vista como enemiga natural en este tipo de regímenes, que necesita en cambio hacer valer como virtud a lo homogéneo, con su consistencia de masa apelmazada.

En lo totalitario va haciéndose costumbre y normalización de la vida que sólo el gran líder tiene el tipo de voz que produce acción, sólo su lenguaje tiene verdadero poder realizativo. Ya no lo tiene en verdad la palabra del legislador que san-

ciona leyes, ya no lo tiene en rigor la palabra del juez que dicta sentencia, porque esos otros poderes han ido perdiendo su poder, alienados como están su saber y su deber a la voluntad del líder. El modo totalitario no se conforma con parcialidades, lo quiere “todo”, como su nombre indica, y así va penetrando todos los lugares. Para lograrlo, su alimento esencial es el hombre-masa. Tal poder organiza esa masa explotando su ingenuidad, o su usual incredulidad para darse cuenta en los primeros tiempos de hasta dónde un gobierno es capaz de llegar; se organiza a la masa desde los viejos resentimientos, personales o grupales, se la organiza en general desde el hechizo magnético del líder carismático, y algo importante, se la organiza desde la humillación de lo individual al interior de la persona, hasta avergonzar sus propios deseos, hasta renegar de sus propios derechos como ciudadano, como individuo.

POR UNA CULTURA DE LA LIBERTAD

“La cultura debe ser rabiosamente libre”

Jesús Prieto De Pedro
(Constituyente español)

Hay libertades individuales, grupales, institucionales, nacionales. Ellas actúan con sus especificidades, pero también en interdependencia. Para el individuo, una cultura de la libertad conlleva libertad en el pensar; en el decir, expresando sin miedos lo que se es y lo que se piensa; libertad en el actuar en acuerdo a los valores de conciencia, libertad para participar sin temor a represalia alguna, libertad para elegir desde el propio carácter y necesidades, libertad para la producción de la obra, libertad en los temas y las formas elegidos para la creación de esa obra. Más radicalmente, y como dirá José Ferrater Mora, “la libertad no es algo que tenemos, sino algo que somos –que vamos siendo-, pues estamos obligados a ser libres”. Paul Sartre diría, más gravemente, que el hombre está condenado a ser libre⁷ “aunque rehuya o no quiera saber de esta condena”.⁸

No es suficiente con que religiones o constituciones admitan el libre albedrío del hombre, es decir, su potencialidad de elección. Tiene que poder haber una efectiva elección, en un espacio realmente libre, más acá de normas escritas o doctrinas morales. Y, con la elección, tiene que darse el responder por ella: ese hacerse

plenamente responsable de lo que se decide y de lo que se hace, pues también al elegir se aceptan los límites que las instancias sociales ponen a la libertad individual, con lo cual todo individuo libre interactúa activamente con la libertad del otro, de lo comunitario, de lo institucional (así por ejemplo la libertad de prensa conoce límites que le imponen los códigos de ética y la irrestricta obligación de decir verdad; así la libertad creadora del artista, que debe ser amplia y total en el proceso productor, tiene en rigor que vérselas luego con criterios especializados de calidad y selección, que marcan límites, pues no toda obra merece exposición o premio).

La cultura es lo contrario del pensamiento homogéneo, de una sola dirección. Nada más pernicioso que encauzar las nociones de cultura, comunidad e identidad en el tubo político de una idea central que se espera que repitan y coreen todos. Cultura es por naturaleza diversidad, pluralidad, pues ella es hecha por muy diversos caracteres creadores, en distintas circunstancias, basada, como dirá Ezra Heymann, en “diferencias y oposiciones cognoscitivas, morales y estéticas dentro de cada comunidad”.⁹

Las artes son en sí mismas, dentro de sus lenguajes, un caso claro de coexistencia de lo distinto. Si se trata de una pintura allí veremos la tensión que en el espacio crean los opuestos: luz y sombra, lo plano y lo profundo, la quietud y el movimiento. Si se trata de una novela o pieza teatral, la narración se plena de contrarios, el bien y el mal protagonizan, el amor y el odio tejen la trama dramática. De hecho no existiría el concepto de drama si no estuvieran allí, y radicalizados, los opuestos. Y frente al espacio de la poesía podemos intuir, como Heidegger sugiriera, que el poeta ha reunido en una sola expresión los más distintos pares encontrados en las determinaciones del ser: lo comprensible con la ocultación, lo más coactivo y lo más liberador, la luz y la sombra, lo más simple y a la vez lo más tenso y lleno de misterio. El arte incorpora la confrontación y, a la vez, la armonía entre diversidades. Con todo ello la obra se enriquece en existencia compleja, entramada de paradoja, dando la bienvenida a lo diferente y a sus pugnas pero llegando a una síntesis peculiarísima que a la vez que valora la individualidad de los elementos se crece especialmente en la armonía del conjunto. Si dijimos antes que no hay arte si no hay obra, ahora agregamos que no hay obra verdadera si no existe esa armonía que integra diversidades... sensiblemente.

Tal complejidad constituye a las buenas obras, que siendo realizadas por autores de cualquier ideología son ante todo buenos hechos de lenguaje, creaciones libres y no panfletos de un grupo político o de clones que se aúnan al coro de un pensamiento único. Así, cuando criticamos por ejemplo la Mega Exposición II, realizada en meses recientes en nuestros principales museos nacionales, lo hacemos viendo en ella una materialización —aquí literalmente *hecha visible*— de la grave crisis de las instituciones culturales, crisis que se mueve en esa perniciosa franja: lo que se agrade, lo que se irrespeta, lo que se teme, lo que se va perdiendo en manos de ministros que desmontan y de responsables institucionales que se entregan.

Los procesos totalitarios van minando la cultura en sus distintos ámbitos:

-**La cultura productiva** o creación por parte de los artistas (recordemos el arte execrado como “degenerado” en tiempos de Hitler, o el paso, con la revolución bolchevique, de Eisenstein y Mayakowsky al horror estalinista y a la desdicha —ética y estética— del realismo socialista);

-**La cultura reflexiva** o producción de ideas, teorías estéticas y socioculturales (con las clásicas persecuciones a los intelectuales en la URSS, Praga, Pekín o La Habana);

-**La cultura difusiva**, que corresponde a las instituciones en su misión de Estado y, por pertenecer al sector gubernamental directamente, es la que recibe usualmente los primeros embates, como ha sucedido entre nosotros con la llamada “revolución cultural”, con la crisis de bibliotecas, teatros, museos, que afecta a artistas, a especialistas, a públicos y a patrimonios. Más que la salud institucional, lo que entonces manda allí es la anuencia a un poder que busca el desmontaje de la pluralidad, de la autonomía especializada, de la excelencia lograda en ya larga tradición.

Lo que se busca en fin es ir reduciendo el pensamiento libre, la capacidad de juicio propio, toda autonomía interior y de conciencia que puedan conllevar a una disidencia (para la cual vimos que estos regímenes tienen un mínimo umbral de aceptación, umbral que llega a ser, más aún, del todo inexistente cuando el modelo totalitario ya está instaurado).

Pero es importante notar que todos estos temas no se circunscriben al llamado “medio cultural” del cual podría parecer sólo doliente un grupo de élites. Más que nunca es imprescindible darse cuenta de las semejanzas entre los procesos, de los síntomas que los igualan. Así, la crisis de

los museos y otros organismos culturales es una más de las crisis institucionales que estamos viviendo por la demonización de la excelencia (que incluye a PDVSA o al IVIC), o por la persecución de las autonomías (que incluye a la Asamblea, el Tribunal Supremo, la Contraloría o la Fiscalía). Se trata, en todos los casos, de una grave crisis de la libertad. Una crisis que afecta también al ciudadano corriente, golpeado en su espontaneidad, uno de los valores más reiterados de nuestra idiosincrasia.

Y así vamos viendo que se sustituye, cada vez más, espontaneidad por cálculo, convicción por conveniencia, y esto sucede en la calle, en la oficina y hasta en las casas (porque en espacio totalitario toda pared tiene oídos). Y así vemos que se va dejando de decir lo que se piensa, y que, más gravemente aún, poco a poco se va dejando de ser lo que se es.

■ **María Elena Ramos. Investigadora en artes visuales. Fue presidenta del Museo de Bellas Artes de Caracas.**

Citas

- 1 Martin Heidegger. “Hölderlin y la esencia de la poesía”. En “Arte y Poesía”. Fondo de Cultura Económica. México, 1992. Pág. 128.
- 2 Alice Miller. “El origen del odio”. Ediciones B, S.A. Barcelona, 2000. Pág. 181
- 3 Julián Marías. “Impunidad de la mentira”, artículo publicado por el diario ABC de Madrid. 22-11-2001.
- 4 David Rousset. “Les jours de notre mort”, París, 1947. Citado por Hanna Arendt en “Los orígenes del totalitarismo”. Editorial Taurus. Madrid, 2001. Pág. 383.
- 5 Víctor J. Krebs. “La venganza de Dioniso”. Una lectura arquetipal de la violencia”. Revista Hueso Húmero. Lima, 2005.
- 6 Ezra Heymann. “La identidad cultural en reconsideración”. Espacios Unión. Cuadernillo n° 22. Caracas, 1999. Pág. 7
- 7 el subrayado es nuestro.
- 8 Paul Sartre. “El ser y la nada”. Citado por José Ferrater Mora. Diccionario de Filosofía. Editorial Ariel. Barcelona, 2001. Pág. 2.143.
- 9 E. Heymann. Obra citada. Pág. 5.